

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 9, capítulo CXVIII

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 9, capítulo CXVIII

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CXVIII

Llegan a México Maximiliano y Carlota

Abril a junio de 1864

CAPÍTULO CXVIII

LLEGAN A MÉXICO MAXIMILIANO Y CARLOTA

Abril a junio de 1864

Los días siguientes a la aceptación, Maximiliano se recluyó en sus habitaciones, negándose a recibir persona alguna; fue Carlota la que atendió a los visitantes.

El 14 de abril a las diez de la mañana, en el muelle engalanado de Miramar, Maximiliano y Carlota, después de despedirse de su servidumbre, del alcalde de Trieste y de los vecinos de esa ciudad, pasaron a una barcaza que les condujo a la fragata Novara que estaba en medio de la bahía acompañada por el barco de guerra francés *Themis*; durante una hora les acompañaron el yate imperial austriaco *Phantasie*, la fragata *Bellona* y seis barcos del Lloyd.

Cuatro días después, el 18, los barcos de guerra surtos en el puerto de *Civita Vecchia* saludaron con salvas de artillería a la *Novara*. Los flamantes monarcas desembarcaron y se trasladaron a Roma para recibir la bendición del Papa. Los franceses que ocupaban Roma los recibieron con grandes honores.

Al entrevistar al Papa y, más tarde, al recibir su visita, Maximiliano eludió tratar los problemas con la Iglesia derivados de la expedición de las Leyes de Reforma; parece que el pontífice tampoco lo abordó y ambos se refugiaron en generalidades; sin embargo, el Papa cuidó advertir que esperaba el reconocimiento de los derechos de la Iglesia.

Algunos autores afirman categóricamente que Maximiliano adquirió compromisos; Zamacois, refiriéndose a las dos conferencias, dice: "En ellas se trató de los asuntos pertenecientes a la religión católica en México y Maximiliano manifestó al Papa, como había

manifestado anteriormente al arzobispo don Pelagio Antonio de Labastida, así como a los demás prelados mexicanos, con quienes habló en Miramar cuando iban a embarcarse para su patria, su resolución de reparar los daños hechos a la Iglesia y a dar al clero toda la respetabilidad que le era debida".¹

En cambio Conte Corti afirma, a la vista del archivo de Maximiliano, que:

En Roma se perdió la ocasión de aclarar la cuestión de la Iglesia; sólo se solicitó para México un «buen nuncio con principios razonables», con el cual, más tarde, se arreglaría todo. Un vago presentimiento de las consecuencias de esta omisión animó, quizás, al emperador cuando el Papa, poco antes de darle la sagrada comunión, le hizo la advertencia de que los derechos de los pueblos eran, sin duda, grandes y que había que satisfacerlos, pero que los de la Iglesia eran todavía mayores y más sagrados. No era más que una indicación y el emperador Maximiliano respondió poco después con otra, dando «a entender» a la Santa Sede que él, cumpliendo siempre con sus deberes de buen cristiano, llevaba al mismo tiempo en sí la conciencia de soberano de un estado cuyos intereses tenía también que defender. De nuevo se evitó tratar el delicado problema y sólo se aludió a él; se eludió una clara y libre declaración que era lo único que hubiese podido ayudar a solucionar la cuestión.²

Nosotros pensamos lo mismo, sobre todo a la vista de la carta que el Papa Pío IX escribió más tarde a Maximiliano en que no hace referencia a compromiso alguno.

Durante su estancia en Roma se alojó en el Palazzo Marescotti,

¹ Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, v. XVII, p.185

² Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p.283.

propiedad de Gutiérrez de Estrada. El 21 de abril se embarcaron nuevamente en Civita Vecchia, llegando tres días después a Gibraltar, donde les esperaba una grata sorpresa: la flota y los fuertes británicos les recibieron con salvas de artillería, así como los recintos fortificados españoles y portugueses cuando la *Novara* se aproximó a ellos.

No hemos podido precisar el itinerario, pero parece que tocaron las Islas Canarias y La Martinica,³ dirigiéndose luego directamente a Veracruz, sin recalar en La Habana.

Durante la travesía, Maximiliano se ocupó principalmente de preparar el instructivo de ceremonial de la corte.

Al mediodía del 28 de mayo, la *Novara* fue avistada por el castillo de San Juan que inició el saludo con salvas, que luego continuaron los barcos de guerra surtos en el embarcadero de Veracruz.

Almonte, por obstáculos imprevistos, no había llegado aún de la ciudad de México; apareció al anochecer e inmediatamente se trasladó a bordo y permaneció con los flamantes emperadores hasta el día siguiente. Esa noche Maximiliano lo designó gran mariscal de la corte, eliminando de hecho su ingerencia en la nueva administración, pues le dio un cargo secundario de carácter protocolario.

Todavía a bordo de la *Novara* lanza el 28 un manifiesto en el que se presenta Maximiliano obedeciendo al llamado del pueblo mexicano.

Como no fue posible preparar una recepción en Veracruz por la notoria frialdad de sus habitantes, que era expresión de sus sentimientos frente al imperio, se resolvió que muy temprano, a las 5 de la mañana, desembarcara la comitiva. Atravesó las tristes y desiertas calles; llegó a las siete quince horas a la Soledad y, molestos, Maximiliano y Carlota, por la sorda indiferencia, continuaron su recorrido, alcanzando Córdoba a las 2 de la mañana del día 30 de mayo.

Siguieron su viaje a Orizaba donde llegaron el 31; subieron las

³ Estuvieron el 17 de mayo en La Martinica.

cumbres de Acultzingo a caballo, tanto Carlota como Maximiliano, llegando el día 5 al poblado de Xonoca a las 7 de la noche, donde fueron recibidos por las autoridades de Puebla y en su compañía penetraron a esa ciudad a las nueve treinta de la noche.

Ahí descansaron y, sobre todo, se presentó la oportunidad de celebrar el 7 de junio el cumpleaños de Carlota.

Reanudan el viaje el 9 de junio, pernoctando en Río Frío y al día siguiente en Zoquiapan. No obstante que se les informó que se les esperaba en la garita de San Lázaro, resolvieron modificar su itinerario y visitar antes la Villa de Guadalupe a donde llegaron el día 11 por la noche.

Hemos incluido algunos mensajes de salutación, seleccionados como muestra del más chabacano y ridículo servilismo, impropios de la posición política y social de los que los suscriben.

Un periodista estadounidense, del periódico *New York Herald*, preparó un magnífico reportaje en que relata la llegada de la pareja imperial y sus primeras actuaciones. Nos ha parecido tan objetivo y fiel, que lo reproducimos íntegro, dejándole reseñar esos acontecimientos.

El episcopado mexicano, el día de la entrada de Maximiliano a México, dio a conocer una carta pastoral, que nos parece tan importante para precisar la posición del clero y sus equivocadas esperanzas sobre la política de Maximiliano que, pese a su extensión, la reproducimos íntegra.

Unos cuantos días después de su llegada a la capital del imperio, Carlota comunica a la emperatriz Eugenia sus primeras impresiones de México, desde su salida de Veracruz; se percibe el interés de eludir su desembarco en ese puerto.

El lector podrá apreciar en esa carta juicios certeros tanto como ingenuas apreciaciones, hijos del desconocimiento del país.

También Maximiliano escribe a Napoleón elogiando la obra de la intervención francesa en lo militar y en lo administrativo.

Comenzó a expedir decretos; hemos seleccionado los que nos parecieron destacados, con los que concluye este capítulo: el

nombramiento de ministro de negocios extranjeros a favor de Fernando Ramírez; el que toma providencias sobre el problema de nombramiento de jefes de las tropas mexicanas; ratifica la vigencia del código militar francés. Se incluye un ejemplo de cómo se le transmitían las noticias sobre sucesos europeos.

Aunque la designación de regente a favor de Carlota en caso de su defunción, enfermedad o ausencia, fue expedida por Maximiliano en Miramar el 10 de abril, se dio a conocer con gran profusión a los pocos días de que la pareja imperial llegó a México.

DOCUMENTOS

Abril a junio de 1864

INSTRUCCIONES PARA LA LLEGADA DE MAXIMILIANO Y CARLOTA

Circular:

Al llegar a México el archiduque Maximiliano, será recibido como emperador de México, se le harán los honores como a su majestad el emperador de los franceses y conforme a los artículos 308, 343, 349 y 352 del reglamento del servicio de plazas de 13 de octubre de 1863.

Las tropas se colocarán según lo previene el artículo 297 del mismo reglamento, tomando el lado derecho de las tropas francesas las mexicanas, tanto permanentes como auxiliares, inscriptas en el decreto de 25 de septiembre de 1863, sin que por esto cese el mando que debe tener el comandante superior francés en los puntos del tránsito o residencia de S. M. el emperador de México.

Si el emperador de México recibiese los cuerpos de oficiales, éstos le serán presentados en los términos u orden indicado en el artículo 306 del reglamento de los ejércitos en campaña, debiendo colocarse los empleados y funcionarios del tesoro y correos después de los de la intendencia.

Los señores generales y comandantes superiores irán a recibir al emperador al límite del territorio de su mando y lo acompañarán hasta la salida del mismo.

Todo el tiempo que el emperador permanezca en su demarcación, pondrán a su disposición, para su servicio personal, un oficial escogido que sea capitán por lo menos.

El excelentísimo señor general en jefe recomienda a los señores comandantes superiores y jefes del cuerpo, vigilen constantemente que

las tropas que se hallen a sus órdenes estén siempre de uniforme, conforme a reglamento aun en el servicio común.

(14 de abril).

El Gral. comandante en jefe
(Aguiles Francisco) Bazaine

MAXIMILIANO SALUDA AL PUEBLO
AL PISAR TIERRA MEXICANA

(Veracruz, mayo 28 de 1864)

¡Mexicanos!

¡Vosotros me habéis deseado! ¡Vuestra noble nación, por una mayoría espontánea, me ha designado para velar, de hoy en adelante, sobre vuestros destinos! Yo me entrego con alegría a este llamamiento. Por muy penoso que me haya sido decir adiós para siempre a mi país natal y a los míos, lo he hecho ya, persuadido de que el todopoderoso me ha señalado, por medio de vosotros, la noble misión de consagrar toda mi fuerza y corazón a un pueblo que, fatigado de combates y de luchas desastrosas, desea sinceramente la paz y el bienestar; a un pueblo que, habiendo asegurado gloriosamente su independencia, quiere ahora gozar de los frutos de la civilización y del verdadero progreso.

La confianza de que estamos animados vosotros y yo, será coronada de un brillante suceso si permanecemos siempre unidos para defender valerosamente los grandes principios, únicos fundamentos verdaderos y durables de los estados modernos. Los principios de inviolable e inmutable justicia, de igualdad ante la ley; el camino abierto a cada uno para toda carrera y posición social; la completa libertad personal bien comprendida, reasumiendo en ella la protección del individuo y de la propiedad; el fomento a la riqueza nacional; las mejoras de la agricultura, de la minería y de la industria; el establecimiento de vías de comunicación para un comercio extenso y, en fin, el libre desarrollo de la inteligencia en todas sus relaciones con el interés público.

Las bendiciones del cielo y con ellas el progreso y la libertad, no

nos faltarán, seguramente, si todos los partidos, dejándose conducir por un gobierno fuerte y leal, se unen para realizar el objeto que acabo de indicar y, si continuamos siempre animados del sentimiento religioso, por el cual nuestra bella patria se ha distinguido aun en los tiempos más desgraciados.

La bandera civilizadora de la Francia, elevada tan alto por su noble emperador, a quien vosotros debéis el renacimiento del orden y la paz, representa los mismos principios. Esto es lo que os decía en el lenguaje sincero y desinteresado, hace pocos meses, el jefe de sus tropas, como anuncio de una nueva era de felicidad. Todo país que ha querido tener un porvenir, ha llegado a ser grande y fuerte siguiendo este camino. Unidos, leales y firmes, dios nos dará la fuerza para alcanzar el grado de prosperidad que ambicionamos.

¡Mexicanos! el porvenir de nuestro bello país está en vuestras manos. En cuanto a mí, os ofrezco una voluntad sincera, lealtad y una firme intención para respetar vuestras leyes y hacerlas respetar con una autoridad invariable. Dios y vuestra confianza constituyen mi fuerza; el pabellón de la independencia es mi símbolo; mi divisa, vosotros la conocéis ya: "Equidad en la justicia"; yo le seré fiel toda mi vida. Es de mi deber empuñar el cetro con conciencia y con firmeza la espada del honor. Toca a la emperatriz la tarea envidiable de consagrar al país todos los nobles sentimientos de una virtud cristiana y toda la dulzura de una madre tierna.

Unámonos para llegar al objeto común; olvidemos las sombras pasadas; sepulremos el odio de los partidos y la aurora de la paz y de la felicidad merecida renacerá radiante sobre el nuevo imperio.

(Maximiliano)

ALMONTE NOMBRADO GRAN MARISCAL DE LA CORTE

(Veracruz, 28 de mayo de 1864)

(Sr. Gral. Juan N. Almonte)

Mi querido Almonte:

En los momentos en que recibo de vuestras manos los negocios del imperio, me apresuro a daros ante el país entero que os debe tan grandes obligaciones, una prueba pública de mi reconocimiento.

He decidido nombraros gran mariscal de la corte y ministro de la casa imperial, remitiándoos con vuestro nombramiento los reglamentos e instrucciones que deberán guiaros en el cumplimiento de tan distinguidas funciones.

Recibid, general, las seguridades de mi consideración y aprecio.

Maximiliano

BIENVENIDA DEL CABILDO DE MÉXICO
A MAXIMILIANO Y CARLOTA

México, mayo 31 de 1864

Telegrama recibido en Orizaba. Mayo 31 de 1864, a las seis y
dieciocho minutos de la tarde

Excmo. Sr. ministro
Don Joaquín Velázquez de León

El deán y cabildo metropolitano de México dan respetuosamente la
bienvenida a sus majestades ilustrísimas.

Manuel Moreno y Fove

RESPUESTA DE MAXIMILIANO Y CARLOTA

Mayo 31 de 1864

Señor deán y cabildo metropolitano de México

Sus majestades contestan agradecidas la bienvenida que han recibido hoy del ilustre cabildo metropolitano a quien pronto tendrán el gusto de ver en la capital.

(Joaquín) Velázquez de León

EL ARZOBISPO DE MÉXICO TRASMITE EL ENTUSIASMO
DE PERSONAS NOTABLES HACIA CARLOTA

México, junio 7 de 1864

Telegrama recibido en Puebla. Junio 7 de 1864, a las once y cuarenta y
siete minutos de la noche

Excmo. Sr. ministro de Estado don Joaquín Velázquez de León

En estos momentos que son las once y cuarto, una multitud de personas notables recorre embriagada de gozo las calles a pesar del mal tiempo, sus gargantas están ahogadas a los gritos de "Viva nuestra emperatriz Carlota", agolpada al frente de mi palacio y muchas personas alrededor de mi mesa me encargan que yo sea el intérprete de su entusiasmo.

El arzobispo de México

LOS OBISPOS DESEAN IR
A ENCONTRAR A LOS EMPERADORES

México, junio 7 de 1864

Telegrama recibido en Puebla. Junio 7 de 1864, a las ocho y veintiséis minutos de la noche

Sr. Velázquez de León

Pensamos ir los tres obispos hasta Ayotla a encontrar a SS. MM.
¿Habría inconveniente?

El arzobispo de México

LOS REGIDORES DE LA CIUDAD DE MÉXICO
FELICITAN A CARLOTA

México, junio 7 de 1864

Telegrama recibido en Puebla. Junio 7 de 1864, a las ocho y seis
minutos de la noche

Sr. don Joaquín Velázquez de León:

Confiados en la bondad de vuestra excelencia, los que formamos el
ayuntamiento, suplicamos se sirva felicitar en nuestro nombre a la
excelsa

Emperatriz, ínterin llega el momento que tanto deseamos de
poderlo hacer personalmente.

Somos de V. E. sus afectísimos servidores que besa su mano.

Basaudiarant
y demás señores regidores

CHALCHICOMULA FELICITA A CARLOTA
EN SU CUMPLEAÑOS

Chalchicomula, junio 7 de 1864

Telegrama recibido en Puebla. Junio 7 de 1864, a las seis y cincuenta
minutos de la noche

Excmo. Sr. ministro don Joaquín Velázquez de León

Suplico a V. E. se digne manifestar a S. M. la emperatriz, que el
distrito de Chalchicomula por mi medio disfruta la satisfacción más
cumplida de felicitarla en el día de su cumpleaños.

El prefecto del distrito
M. M. Rivadeneyra

LO MÁS DISTINGUIDO DE LA SOCIEDAD DE LA CIUDAD
DE MÉXICO, VA A RECIBIR A LOS EMPERADORES

México, junio 9 de 1864

Telegrama recibido en San Martín. Junio 9 de 1864, a las diez y
cuarenta minutos de la mañana

Sr. don Joaquín Velázquez de León

Muy señor mío y amigo:

La comitiva que desea salir a recibir al camino a SS. MM. y que está compuesta de señoras y señores de lo más escogido de nuestra sociedad, me encarga suplique a usted le indique el lugar hasta donde deben llegar y la hora en que tienen que estar en él, para que salga de aquí con la debida anticipación.

Suplico a usted me conteste lo más pronto posible, dándome sus instrucciones, pues de lo contrario fracasaría esta franca manifestación del afecto y entusiasmo de que estamos poseídos los habitantes de esta capital.

Su afectísimo amigo y servidor q. b. s. m.

Patricio Murphy

SALUTACIÓN
DEL ARZOBISPO DE MÉXICO A MAXIMILIANO

Junio 12 de 1864

(A S. M. I.)

Señor:

Hay sentimiento que vence el poder de la palabra, sentimientos únicos por su jerarquía en la historia del corazón, sentimientos en que obran al mismo tiempo los siglos precedentes y los años que siguen y tal es el sentimiento que ocupa hoy exclusivamente a la nación mexicana con motivo de la presencia de V. M. y de su augusta esposa.

Llamados por la providencia en los momentos críticos que señalaban las agonías de un pueblo desgraciado a ejercer la noble misión de enjugar sus lágrimas volviéndolo a la vida, VV. MM. representan la misericordia de un Dios de ternura y bondad que, condolido de nuestros males, quiere salvarnos una vez más al cabo de tantas crisis que nos habían puesto a las orillas del sepulcro.

VV. MM. han podido comprender estos sentimientos en las demostraciones entusiastas y tiernas con que han sido recibidos desde el feliz momento en que pisaron las playas de ésta su nueva patria.

Estas emociones con que todo corazón mexicano ha saludado en la persona de VV. MM. el advenimiento de los bellos días, de los días de plenitud, de los días de universal restauración, de los días de virtud y felicidad, estas emociones se reúnen todas en un sentimiento mayor, en un sentimiento antiguo, en un sentimiento que lejos de haber sucumbido en la reciente lucha, aparece con una nueva juventud, en un sentimiento de donde parten y adonde afluyen todos los que forman la fisonomía

moral de esta sociedad, el sentimiento católico.

México, señor, cuyo instinto penetra no pocas veces más allá de los límites de la ciencia, comprende lo que significa un soberano que, en unión de su cara esposa, parte de Europa con las bendiciones del vicario de Jesucristo y rinde sus homenajes filiales y regios ante el trono de la reina de Anáhuac la víspera de entrar en la capital de su imperio.

La Iglesia mexicana, en cuyo nombre tengo la honra de dirigirme a VV. MM. se congratula llena de un santo júbilo como el profeta con Jerusalén cuando estaba para venir el salvador del mundo. Ella ve en VV. MM. a los enviados del cielo para enjugar sus lágrimas, para reparar todas las ruinas y estragos que han sufrido aquí la creencia y la moral, para que vuelva Dios a recibir un culto en espíritu y en verdad y el homenaje continuo de la virtud reparada en la justicia.

Reciban, pues, VV. MM. este humilde tributo de reconocimiento, de afecto, de amor, de respeto de toda la Iglesia mexicana, que al darles la bienvenida, después de haberla procurado con sus plegarias, les asegura que no dejará de pedir nunca para VV. MM, para la imperial estirpe y familia, para su reinado y gobierno, abundantes bendiciones, copiosas gracias y esa gloria que se merece en la equidad, en la justicia, que se acrisola con la caridad cristiana y que, no pudiendo quedar aprisionada en los límites del espacio ni en el cómputo del tiempo, se incorpora en la del mismo Dios y vive en la eternidad.

El arzobispo de México

LOS PRELADOS MEXICANOS
LANZAN UNA CARTA PASTORAL
CON MOTIVO DE LA LLEGADA DE MAXIMILIANO

Carta pastoral que los ilustrísimos señores arzobispos de México y Michoacán y obispos de Puebla, Oaxaca, Caradro, Querétaro, Tulancingo, Chiapas, Veracruz, Zamora y Chilapa, dirigen a sus diocesanos con motivo de la entrada de SS. MM. el emperador Maximiliano I y la emperatriz Carlota a la capital.

Nos, el Dr. don Pelagio A. de Labastida y Dávalos, arzobispo de México; el Dr. don Clemente de Jesús Munguía, arzobispo de Michoacán; el Dr. don Carlos María Colima, obispo de Puebla; el Dr. don José María Covarrubias, obispo de Oaxaca; Fray Francisco Ramírez, obispo de Caradro; el Dr. don Bernardo Gárate, obispo de Querétaro; el Dr. don Juan B. Ormaechea, obispo de Tulancingo; el licenciado don Manuel Ladrón de Guevara, obispo de Chiapas; el licenciado don Francisco Suárez Peredo, obispo de Veracruz; el licenciado don José Antonio de la Peña, obispo de Zamora y el licenciado don Ambrosio Serrano, obispo de Chilapa.

A los M. II. y VV. cabildos, al V. clero secular y regular y a todos los fieles de nuestras diócesis, salud y gracia en nuestro señor Jesucristo.

Venerables hermanos y muy amados hijos: En los momentos solemnes en que la presencia del nuevo soberano, precedida de los deseos y de las esperanzas, inicia en México una era nueva, que será de ventura o desdicha según el uso que hagamos de las gracias que dios nuestro señor nos dispensa; nosotros, animados de nuestro celo pastoral, os dirigimos la palabra para exhortaros con el apóstol San Pablo a no recibir en vano esta gracia de reparación, que acaso podrá

ser la última.

Extraño del todo al pensamiento político y mucho más a la deplorable contienda de los partidos, que durante 40 años ha trabajado a nuestra patria con tal tenacidad que llegó a trasformarla en un cadáver, pero atentos a los documentos preciosos de la fe, vemos que todo lo que ha pasado y todo lo que viene, está o permitido u ordenado por dios para los altos fines que se propuso desde que creó al hombre a su imagen y semejanza e instituyó la sociedad.

Nosotros vemos y constantemente os lo hemos inculcado, que nada sucede por acaso en el mundo; hemos hecho ver que del pecado nacen todas las calamidades y desgracias que afligen a los pueblos y de la gracia los más preciosos bienes a que puede aspirar el hombre.

La revolución espantosa que se había ensañado hasta el extremo de hacer morir toda esperanza; esta revolución que ha sembrado de ruinas y de escombros el territorio vastísimo de este nuevo imperio y que, con ser tan desastrosa en el orden material, ha hecho mayores estragos en las creencias, en las costumbres, en la razón y en los sentimientos; esta revolución que ha dado tanta materia para voluminosos escritos, pero que se halla mejor comprendida de vosotros como sus testigos y sus víctimas, no es la obra de la casualidad, sino de la justicia de dios, no es la obra de nuestra desgracia, sino de nuestros pecados; el pecado ha sido la causa que ha provocado y el instrumento que ha ejercido la acción de la justicia divina sobre nosotros.

Por el contrario, si esta revolución va declinando y la paz empieza a extenderse; si medios que no nos toca a nosotros calificar, pero extraordinarios y en cierto modo milagrosos, se presentan como agentes de la restauración del orden; si las cualidades del príncipe escogido corresponden exactamente a las llagas de esta sociedad para curarlas y a las exigencias de esta situación para satisfacerlas; si sus principios católicos y su piedad pueden tranquilizar la conciencia respecto de la gravísima cuestión eclesiástica; si su exención de todo partido en nuestras discordias civiles, su espíritu conciliador y el sacrificio que acaba de hacer para venir a nosotros, le dan aquella imparcialidad, aquel ascendiente y aquellos medios que, bien correspondidos, zanjarán las

cuestiones políticas, reconciliando los partidos contendientes; si su experiencia en los negocios, su tacto probado a satisfacción de los mejores jueces, superan las dificultades que había hecho inútil entre nosotros la administración pública, dando a su marcha en lo sucesivo un movimiento más regular y más constante: finalmente, si el gran concepto que disfruta en Europa, sus relaciones importantes y su crédito personal, pueden restablecer el de la nación, que había desaparecido totalmente, alcanzando así la solución más favorable la cuestión internacional; todo esto es obra, no de nosotros, que nada merecemos, si no de esa providencia incansable en su bondad, de esa providencia divina que ha querido favorecernos con una gracia que, bien aprovechada y fielmente correspondida, basta para consolidar en todo sentido nuestra felicidad social.

No es de nuestro propósito, ni propio de nuestro ministerio, entrar en el examen filosófico y político de los medios empleados para cortar el curso de la revolución, iniciar el restablecimiento de la paz y fundar un imperio. Mas, considerando estas cosas como bienes de la providencia divina y teniendo presente que todo sería estéril sin la cooperación del pueblo, debemos exhortaros y os exhortamos ardientemente a cumplir los deberes que la religión nos impone para con la sociedad y el gobierno.

Mas no imaginéis que nos propongamos discurrir sobre todas las cuestiones que aquí se han agitado; porque las políticas no son de nuestro resorte y las administrativas e internacionales tocan al soberano. Limitándonos, pues, a lo que nos es propio, reduciremos nuestras advertencias y exhortaciones al orden religioso y moral, objetos principales de la cuestión eclesiástica.

Ésta, por otra parte, se halla colocada en un rango tan excelso y es de suyo de tal modo trascendental, que no vacilaremos en deciros, a impulso de convicciones profundas, que de ella, principalmente aquí, dependen la buena solución de las otras. Es nuestro ánimo, pues, haceros conocer ante todo las fuertes razones que apoyan este concepto y manifestaros en seguida lo que debéis hacer por vuestra parte a fin de conservar y fecundar el beneficio que nos dispensa la providencia

divina.

I

Cuando Jesucristo decía: "todo árbol que no produzca fruto en mí, será arrojado afuera y allí se secará y le echarán al fuego y arderá", con el fin de manifestar cómo él es el camino, la verdad y la vida, cómo de su pensamiento brota la luz que inunda la tierra en un océano de esplendor, cómo de su voluntad sale el vigor que todo lo instituye y afirma y cómo de su espíritu emana el calor vivificante que todo lo anima y todo lo fecunda; cuando decía: "sin mí no podéis hacer cosa alguna "; cuando aseguraba que sería otorgado por su padre celestial todo aquello que se le pidiera en su nombre; cuando a la vista de Jerusalén rebelde y contumaz, lloró sobre ella, la reprochó su ceguera e ingratitud y profetizó su ruina; en fin, todas las veces que daba sus lecciones de sabiduría y de virtud, como regla de conducta y condición de felicidad, no se limitaba sólo al individuo, hermanos e hijos carísimos, ni hablaba sólo del orden estrictamente espiritual, ni quiso referirse a un solo estado de la vida sino que habló a todos los hombres, a la sociedad, en todas sus clases, al estado en todas sus formas; determinó la universalidad de su acción, sin dejar nada fuera de ella y por este motivo, ya se presenta como un centro universal adonde todo había de concurrir atraído por la sabiduría, por su poder y por su virtud ya como un legislador supremo que viene a dar toda su plenitud a la ley, ya como el dueño absoluto de todo poder en el cielo y en la tierra.

El doble cuadro que nos presenta la humanidad en los siglos proféticos y en los siglos históricos del cristianismo, es un doble depósito de doctrina, no solamente para dirigir la marcha del espíritu hacia la perfección moral, sino también para encaminar los pasos de los pueblos en el orden político y civil hacia la perfección social. Por esto el profeta rey en su divino encomio de la ley divina, unas veces pondera los preciosos frutos que personalmente debe a su constante meditación y otras la muestra como una norma segura para consolidar

el Estado. Por esto, cuando deja caer sus miradas en los tiempos de plenitud, en la historia de las vicisitudes de la Iglesia católica desde el establecimiento del cristianismo, al contemplar a los poderosos y los grandes, a los pueblos y los reyes ensañados y armados contra el señor y contra su Cristo, califica de vanas fruslerías todos los planes y combinaciones que se formarían contra la Iglesia; las presenta con sus autores como un objeto de la risa y de la burla del altísimo y, por esto, siguiendo la acción de la justicia divina sobre los pueblos rebeldes y los reyes contumaces, profetiza que el señor entonces les hablará en su ira, los conturbará en su furor y hará cargar sobre ellos el azote, reduciéndolos a pedazos como una vasija de barro.

Cuando pasamos la vista, hermanos e hijos carísimos, por las sagradas letras y a la luz que ellas despiden, recorreremos los fastos de la historia, os confesamos francamente que, al estudiar la sociedad con el fin de inquirir las causas de sus decadencias progresivas y de su engrandecimiento y prosperidad, no nos queda espíritu ni aliento para fijar la atención en esas teorías ficticias, en esas hipótesis absurdas, en esas combinaciones precarias, en esos sistemas de un día con que la política emancipada del cielo quiere inutilizar el pensamiento religioso y desviar la mente de la acción de dios sobre la sociedad.

Charle cuanto quiera el vanidoso racionalismo y la orgullosa política; afánese la impiedad en trastornar el buen sentido religioso y arruinar el imperio del catolicismo; la razón imparcial, la razón exenta de preocupaciones, la razón con su criterio infalible, tendrá que apelar a la presencia y acción del gran principio católico para explicar la civilización moderna, la perfección de los códigos, la formación regular de la sociedad civil, los lazos que unen a los estados para formar todos una sociedad política, la secreta fuerza que vigoriza las naciones y la fuente de su prosperidad social.

Ved, pues, venerables hermanos y amados hijos, con cuanta razón hemos creído que todo está pendiente aquí de la solución final de la cuestión eclesiástica, pues, abrazando ella la religión y moral, en un pueblo exclusivamente católico, trasciende forzosamente a todo el orden social.

¿Cuál debe ser pues nuestra conducta, supuestas las excelentes disposiciones del soberano? Cumplir exactamente los deberes que la religión y la moral nos imponen; no se necesita, en verdad, otra cosa de nuestra parte para una verdadera, sólida y universal restauración, como vamos a manifestarlo brevemente.

II

Dadnos un pueblo creyente, morigerado y puntual en el cumplimiento de sus deberes, dadnos un pueblo formado en la escuela del evangelio; dadnos un pueblo que, comprendiendo las relaciones universales de la humanidad y su jerarquía, comience por cumplir los deberes que tiene para con dios, como creador del cielo y de la tierra, legislador supremo y fin último del hombre; que medie haciendo resplandecer en la vida individual y doméstica el maravilloso concierto que exige la ley divina en el orden físico, intelectual y moral y que concluya dando a cada uno lo que es suyo, honor al padre, educación al hijo, decoro a la familia, obsequio a la ley, respeto al gobierno, benevolencia y amor al ciudadano y al extranjero y nosotros os daremos una sociedad perfecta, cuya Iglesia guarde las más íntimas relaciones con el Estado, cuyos miembros se encuentren de tal manera unidos, que no parezca sino que todos tienen un mismo corazón y una misma alma.

Lo primero, pues, amados hijos, que debéis procurar a toda costa, es reparar con obras de penitencia y de piedad los ultrajes escandalosísimos que dios ha recibido en su doctrina, en su culto, en su ley, en su Iglesia, durante la época de tinieblas y de fuerza, de impiedad y corrupción que en gran parte ha pasado, pero que no acaba todavía. Es necesario que los votos inflamados de un corazón penitente suban hasta el padre de las misericordias a la vista de todo el pueblo, para su edificación, en los atrios augustos de la casa de dios, como tributos rendidos a su infinita santidad y en medio de la nueva Jerusalén, esto es, a la faz de toda la Iglesia católica.

En lugar de aquellas presuntuosas dudas, en lugar de aquellos discursos impíos, de aquellas conversaciones escandalosas, de aquella

osadía sin ejemplo para hablar de las cosas más santas, renovaos en la fe, asid con todas vuestras fuerzas, para cooperar a una restauración religiosa, los preciosos documentos de vuestra educación cristiana; escuchad atentos y dóciles la palabra de vida que baja de la tribuna sagrada para combatir los errores y los vicios, afirmar la fe, sostener y consolidar la virtud; entrad en un examen serio acerca de vuestro último fin, de las condiciones esenciadísimas para alcanzarle y de vuestra situación presente relativamente a ellas.

Si acaso la terrible tentación de la época turbulenta por donde hemos pasado todos, os ha hecho faltar a vuestros deberes católicos, complicaros en los despojos sacrílegos, en las injusticias consumadas contra la hacienda ajena, en las ruinas de la reputación de vuestro prójimo, corred a las piscinas sagradas, arrojad la pesada carga del pecado a los pies del ministro de la penitencia, reparad los escándalos e injusticias a imitación de Zaqueo y la salud y la paz entrarán en vuestra casa.

Y vosotros a quienes el padre de familias ha colocado en el escogido gremio de la nueva Leví; vosotros, ministros del santuario, que después de adquirida la doctrina de los libros y la práctica del ministerio, habéis atesorado la ciencia de la tribulación en los terribles golpes que acabáis de recibir, vosotros podéis ejercer un influjo de primer orden y en cierta manera decisivo, con vuestro celo. No sois llamados a desarrollar vuestra acción en la escala política, desempeñando los empleos del estado civil, ni jamás, gracias a dios, el clero mexicano ha tenido pretensiones de ejercer esta clase de influjo, ni autorizado con su conducta las declamaciones de la prensa enemiga. Vuestra misión es más elevada e incomparablemente más trascendental. Elegidos por dios y por los hombres, elegidos para una vida toda de actividad y labor, toda de utilidad y de provecho, para dar a dios el culto debido, ilustrar el espíritu con la fe, aplicar a la conciencia la ley divina, extirpar los vicios, formar las virtudes y poblar el cielo; elegidos para desarrollar sobre el pueblo fiel todo el influjo de un ministerio que ha civilizado al mundo y de cuyo provechoso ejercicio depende la suerte de la misma sociedad, vosotros, sin el influjo de los grandes talentos, sin los

encantos de la literatura y de las artes, sin el predominio de las riquezas y de los honores, sin el ascendiente del rango, poseéis el secreto de la felicidad verdadera, ministráis el bálsamo que cura todas las heridas del alma, enfrenáis las pasiones, moderáis el carácter, presidís a los heroicos sacrificios de la abnegación cristiana y podéis tener la mayor parte, así lo creemos en la restauración del orden social, en la regularidad de la marcha administrativa y en el renacimiento y conservación de la paz, si, aprovechando las excelentes condiciones de este gran príncipe, su catolicismo neto, su piedad y la protección consiguiente que otorgará con gusto a nuestro ministerio, así como las elevadas dotes, esclarecidas prendas, singulares virtudes y tierno amor hacia nosotros de su augusta esposa nuestra emperatriz, trabajáis solícitos en la reparación de tantas ruinas morales, mayores y más lastimosas aún que las ruinas materiales, restituís al espíritu de la fe divina, la esperanza cristiana y la caridad evangélica de que nos ha despojado esta revolución impía y que importan un tesoro infinitamente mayor que esos intereses miserables del tiempo que pasan con los años que huyen y tornan con los años que vienen.

Os exhortamos, pues, a todos en Jesucristo, al cumplimiento de vuestros sagrados deberes, a la meditación y práctica de la ley divina, a la posesión y ejercicio de la caridad, esta virtud que vivifica la fe, afirma la esperanza y hace reinar a dios en el espíritu. Con ella no temáis nada y podéis afrontar a todo con plena seguridad.

Los tiempos que siguen y la empresa de reparar tantas ruinas, conjurar tantas pasiones, hacer morir tantos odios, reanudar los vínculos antiguos de este pueblo de hermanos, es ardua y espinosa, traerá dificultades y penas; pero no temáis, la caridad os hará pacientes y la paciencia os hará invencibles. Si las pasiones mal apagadas, si los intereses injustos, si la maledicencia y la envidia se interponen todavía entre vosotros y el soberano, la caridad os remontará muy mucho sobre la esfera en que se agitan estos miserables odios y con la dulzura y benevolencia mutua, os comunicará esa expansión de sentimientos que, para conquistar el corazón, va más lejos que el orgullo; porque la caridad es benigna. Vuestra exención de pretensiones de aventajaros unos a

otros, contentos con poseer la gracia del señor, os hará fuertes contra vuestros enemigos; porque la caridad no rivaliza. Las obras de esta virtud en vosotros, aunque a primera vista no muestren su fecundidad, no tardarán mucho en producir sus copiosos frutos, porque la caridad gobernada por la fe, todo lo cree, apoyada en las promesas, todo lo espera, sostenida por la esperanza todo lo soporta y poseída del amor todo lo sobrelleva y estas elevadas dotes se han manifestado siempre con la más copiosa difusión del bien en todos los pueblos. Estimulados y sostenidos por esta preciosa virtud, prestaréis los más importantes servicios al Estado y a vuestra patria sin los inconvenientes del aspirantismo, porque la caridad no es ambiciosa. Jamás vuestros propios intereses os harán sordos al llamamiento del Estado ni duros a los conflictos de vuestra patria; porque la caridad ni es interesada ni es egoísta. Obrad, pues, bajo la inspiración de esta virtud y estando seguros de que haréis la conquista del reino de dios y, por añadidura, tendréis la gloria de alcanzar todos los bienes temporales que es lícito apetecer en el seno de una patria inteligente, moral y feliz.

Mas, como dios es la fuente de todo don perfecto y sin su gracia nada podemos, elevad vuestros corazones al señor en acción de gracias por los beneficios recibidos en demanda de acierto para el soberano y de luces y fuerza para vosotros; pedidle ardientemente que mueva todos los corazones y que nos dispense, con la gracia de la unión, los beneficios de una sólida paz.

A este fin ordenamos y disponemos que en nuestras respectivas catedrales y en todas las parroquias de nuestras diócesis sea leída esta pastoral, *inter missarum solemnias*, y como anuncio de las preces públicas que en seguida deben hacerse para que los fieles asistan a ellas con las disposiciones debidas.

En consecuencia, tanto en nuestras iglesias catedrales, según lo dispongan nuestros venerables cabildos, como en las parroquiales con cuanta solemnidad sea posible a los señores curas, se harán preces públicas en tres días seguidos, con misa y exposición del santísimo sacramento en la mañana y el santo rosario con las letanías por la

tarde, expuesto igualmente su divina majestad.

En todas las misas que se celebren en lo sucesivo, exceptas las festividades de primera y segunda clase, se dará la colecta pro electo *Imperatore*.

Dado en México, a 12 de junio de 1864.

Pelagio Antonio
Arzobispo de México
Carlos María
Obispo de Puebla
Fray Francisco
Obispo de Caradro
Juan Bautista
Obispo de Tulancingo
Francisco
Obispo de Veracruz
José Antonio
Obispo de Zamora

Ambrosio
Obispo de Chilapa
Clemente de Jesús
Arzobispo de Michoacán
José María
Obispo de Oaxaca
Bernardo
Obispo de Querétaro
Manuel
Obispo de Chiapas

MAGNÍFICO REPORTAJE
DE UN CORRESPONSAL ESTADOUNIDENSE
SOBRE LA ENTRADA DE MAXIMILIANO A MÉXICO

Ciudad de México, junio 26 de 1864

La premura del tiempo, la cantidad de noticias que debía comunicar y mi deseo de aprovechar la oportunidad que me ofrecía el vapor correo español, me impidieron enviar a ustedes una relación más detallada de la entrada del príncipe Maximiliano a la capital de su nuevo imperio. Ahora, sin embargo, tengo la satisfacción de enviarles una narración cronológica y detallada de todos sus movimientos, desde el momento de su llegada a las afueras de la capital y de las ceremonias y festejos que tuvieron lugar en esta ocasión.

A fin de que los lectores puedan comprender mejor los movimientos de la comitiva imperial y darse una idea de los hechos, reanudaré mi relato desde el punto en que lo dejé y seguiré los pasos de S. M. desde su llegada a Río Frío y Guadalupe hasta su entrada triunfal en la capital.

Tan pronto como se supo en la ciudad de México que el emperador había cambiado el orden de su entrada a la capital, las autoridades francesas, en combinación con la municipalidad, hicieron grandes preparativos para escoltarlo y darle la bienvenida. Una guardia muy numerosa compuesta por soldados franceses y mexicanos fue enviada inmediatamente a Guadalupe para esperar allí la llegada del cortejo imperial y hacerle los honores propios de la ocasión. Los ciudadanos más notables, que han cambiado de opinión como los camaleones cambian de piel, sumamente excitados, se pusieron en movimiento de inmediato. Sin contar con un solo centavo en sus arcas y sin importarles de dónde podría venir el dinero necesario, el

ayuntamiento, con gran diligencia, votó la erogación de grandes sumas para organizar una gran recepción pública.

Bajo el calor de la conmoción política del momento, la desvergüenza y la estupidez estuvieron a la orden del día. El pueblo, asombrado, pasivo y obediente ante lo que estaba ocurriendo, miraba aturdido el extraño comportamiento de sus representantes. Por lo demás, nada podía decir o hacer.

Prosiguiendo con el programa monárquico, el ayuntamiento inmediatamente dirigió una comunicación a todos los ciudadanos para informarles que "sus soberanos electos" se encontraban cerca de las puertas de la capital y solicitaba en los términos más calurosos, hicieran los preparativos necesarios para iluminar toda la ciudad y darles una brillante recepción.

Además ordenó, en forma de petición perentoria, que todas las tiendas, almacenes y demás establecimientos comerciales deberían permanecer cerrados durante tres días a partir de la entrada del emperador y que tanto los propietarios como los empleados de dichos negocios, participarían en los festejos públicos para dar la más calurosa y sincera bienvenida a los nuevos soberanos. Esta "petición" o más bien dicho esta orden, fue acompañada con el decreto por el cual todas las personas que no se sujetasen a él, serían multadas en sumas que iban desde 25 a 100 dólares. No es necesario decir que ante estas amenazas hubo un cierre general en toda la ciudad. Además, los propietarios de casa fueron obligados, bajo amenaza de castigos, a engalanar con banderas y cortinas los balcones y ventanas de sus residencias; en consecuencia, toda la ruta de entrada del emperador y sus amigos estaba totalmente engalanada con banderas y adornos de todas clases. Los ocupantes de las casas fueron amenazados con represalias municipales si no contribuían a la iluminación de la ciudad en honor del emperador y de la "tierna madre" de la nación mexicana. El temor obró como por encanto y en la noche de la "entrada triunfal" no había casa o tugurio en toda la ciudad que no hubiera encendido alguna luz. El pueblo, naturalmente, no tomó parte en el asunto. Sus amos actuales habían expedido un decreto y era su deber obedecerlos al pie de la letra. La

opinión pública y la libre expresión estaban fuera de la cuestión.

La compulsión y la fuerza fueron los elementos coercitivos del momento y, considerando la estructura podrida de las ideas mexicanas, no es de maravillarse que aquéllos hayan prevalecido.

Llegada de Maximiliano a Guadalupe

Al llegar a Río Frío, pequeño poblado ocupado por carboneros y ladrones, muchos de ellos participantes de los sanguinarios asesinatos ocurridos en México, el emperador decidió cambiar el programa y entrar a la ciudad por un camino diferente del propuesto; como éste se ramificaba en Río Frío, en lugar de entrar a la ciudad por las puertas del sur, dar un rodeo para visitar a la legendaria Guadalupe. Para todo aquel que haya visitado México, es bien sabido que constituye una de sus numerosas atracciones y donde se levanta uno de los templos más costosos y espléndidos del mundo dedicado a la adoración de la virgen. Es indudable que la emperatriz, movida por su fervor religioso, convenció a su real esposo que cambiara el curso de su ruta y le diera la oportunidad de orar en el templo levantado por la devoción de los indios. Maximiliano, por diferentes razones, se dice que entre ellas, la presencia de los ladrones veteranos de Río Frío, no hizo objeción alguna, cambió el programa y se dirigieron a Guadalupe.

Eran cerca de las dos de la tarde del sábado 11 de junio cuando el, escoltado por gran número de soldados y seguido por una multitud de indios vestidos en forma indescriptible, entró al pueblo en medio del retumbar de la artillería y a los acordes de los instrumentos musicales.

Después de dejar Río Frío los emperadores cabalgaron seis millas y, al caer la noche, llegaron a la hacienda de Zoquiapan, en medio de un gran aguacero.

Al siguiente día, al salir de Ayotla, ya en el camino hacia Guadalupe, una multitud de indios se unieron a la cabalgata portando estandartes y banderas confeccionados con manta y hojas de palma y en los que habían escrito lemas e inscripciones en lengua mexicana. Gran número de arcos florales fueron levantados a lo largo del camino y en

una o dos ocasiones algunos niños ofrecieron ramos de flores a la emperatriz que los recibió con evidente satisfacción. Comisiones de ciudadanos, tanto hombres como mujeres, dejaron la ciudad muy temprano y se dirigieron a Guadalupe para dar la bienvenida al cortejo imperial, aumentando con su presencia el movimiento y la brillantez de la escena.

Tan pronto como los cañones del fuerte anunciaron la presencia del emperador, las autoridades políticas y municipales se dispusieron a darle la bienvenida.

A cierta distancia de la puerta de la Iglesia, el arzobispo de México y Michoacán y el obispo de Oaxaca esperaron a SS. MM., que fueron conducidas hasta allí bajo un espléndido dosel de seda.

La Iglesia estaba adornada con gran pompa y un espléndido trono aguardaba a los soberanos.

Los oficios comenzaron con el *Domine salvum fac Imperatorum* entonado por el arzobispo Labastida y demás dignatarios presentes.

Al terminar los oficios el emperador se dirigió a los grandes salones del cabildo donde el prefecto político de México, Sr. Villar de Bocanegra, pronunció el siguiente discurso:

Señor: Al pie del portentoso cerro del Tepeyac y separado solamente por una pared del templo donde se venera a la virgen de Guadalupe, madre protectora de todos los mexicanos, el prefecto político del primer departamento del imperio, el prefecto municipal de la gran ciudad de México, el ayuntamiento, el señor arzobispo y demás autoridades, con el placer más grande y los corazones henchidos de alegría se presentan ante sus bienamados soberanos a darles sus parabienes por su feliz arribo a las puertas de la ciudad.

Las palabras me faltan para expresar nuestra más profunda gratitud. Habéis abandonado otro trono, riquezas, patria, padres, hermanos y amigos y, compadeciéndoos de nuestras desgracias. VV. MM. se han dignado venir para tratar de hacernos felices y salvarnos de los males que amenazaban hacernos desaparecer del conjunto de las naciones.

Vosotros habéis recibido información oral y escrita de la voluntad del pueblo y ahora personalmente, habéis comprobado que no se os ha engañado, pues desde las costas de Veracruz hasta las puertas de la ciudad el pueblo ha aclamado a sus soberanos y el entusiasmo no ha tenido límites. Todos los mexicanos continuaremos así y, señor: Yo protesto en nombre del departamento a mi cargo que obedeceremos y acataremos al monarca que hemos escogido.

La respuesta del emperador fue breve y concisa:

Profundamente conmovido por la entusiasta recepción de los pueblos y ciudades por las que hemos atravesado, mi emoción ha llegado a su límite, al entrar a la capital y encontrar a sus autoridades reunidas para congratularme en un lugar tan respetado y tan querido tanto por mí y por la emperatriz como por todos los mexicanos. Os agradezco vuestras congratulaciones y os saludo con el gran amor de quien ha identificado su propio destino al de vosotros.

Al terminar el corto discurso que el emperador pronunció con gran emoción, hubo algunos débiles aplausos y los ojos de la emperatriz se llenaron de lágrimas. Entre las numerosas personas distinguidas que estaban presentes, se encontraban el Gral. Bazaine, el barón Neigré, el Gral. Almonte, el ministro Velázquez de León, el marqués Montholon, arzobispos y obispos, damas de honor y muchos otros miembros de la casa imperial. El emperador se mostraba afable con todo el mundo y quienes deseaban presentarse ante él, fueron admitidos de inmediato.

La entrada triunfal a la capital tuvo lugar el día 12 de junio a las diez de la mañana. Rara vez la ciudad de México había presentado un aspecto tan brillante como en esta ocasión. Las calles escogidas para el paso del cortejo imperial fueron engalanadas profusamente con gran belleza y esplendor. En todos los edificios, fueran públicos o privados, se colgaron banderas y estandartes entrelazados con guirnaldas de

flores. Soldados, franceses en su mayor parte, formaron valla en las calles y plazas. Los balcones y las ventanas de las casas situadas sobre la ruta del cortejo tuvieron gran demanda y alcanzaron precios fabulosos. Las iglesias y sus torres también fueron engalanadas y las campanas de catedral y demás iglesias cercanas llenaban el aire con su incesante repique. Suntuosas ornamentaciones adornaban el palacio y los edificios públicos de la plaza y numerosos retratos del emperador y la emperatriz aparecieron en las ventanas. Dar una idea completa de la variedad de decoraciones y ornamentos de las calles necesitaría mucho espacio, pero debe reconocerse que fue una jornada brillante, llena de colorido aunque no estuviera acompañada por el genuino entusiasmo de un pueblo libre.

La presencia del emperador fue anunciada con salvas de artillería desde el frente de los portales y cuando el emperador con la emperatriz a su lado llegaron en un carruaje abierto, las damas desde los balcones y azoteas arrojaron sobre ellos gran profusión de pétalos de rosas y hojas doradas y plateadas.

Las calles estaban tan congestionadas que el cortejo se veía obligado a hacer frecuentes altos y entonces el emperador saludaba con una inclinación a la gente que se encontraba en las calles y en los balcones. Sin embargo no había vítores ni vivas, aunque en muchas ocasiones las mujeres hacían ondear pañuelos o pequeñas banderas francesas y mexicanas.

El emperador se dirigió de la calle de San Francisco a la de Potrero y de allí directamente a la catedral, donde el arzobispo ya estaba preparado para conducirlo al trono especialmente erigido.

La multitud se reunió en la plaza frente al palacio, aunque sin dar muestras de la más ligera excitación. El entusiasmo, sí así puede llamársele, era demostrado exclusivamente por los residentes franceses y sus amigos y por los numerosos empleados del gobierno, pero, en realidad, haciendo a un lado la curiosidad natural, el pueblo propiamente dicho, vio con indiferencia el advenimiento del.

Por el contrario, muchos mexicanos estaban ansiosos por demostrar a los extranjeros la diferencia entre la recepción ofrecida a

González Ortega y la de Maximiliano.

En el palacio imperial el emperador recibió a sus amigos y partidarios presentando a los más conspicuos a la emperatriz.

A varios de ellos confirió la orden de Guadalupe, entre los que se encontraba el Gral. Mejía que recibió la condecoración por su adhesión al imperio. El banquete y los festejos continuaron durante el resto del día, exceptuando unas horas de la tarde en que el emperador dio un paseo por la alameda y por las arboledas a la orilla de la ciudad. En otra carta que enviaré sobre mis impresiones de México haré referencia nuevamente a todas estas cosas y daré detalles más completos. Por ahora, tengo otros asuntos de importancia que comunicar y debo terminar esta descripción.

La iluminación de la ciudad fue lo más hermoso de todos los festejos. Cuando la oscuridad descendió sobre la ciudad, las residencias situadas en las principales calles se transformaron en palacios llenos de luz y belleza. La luz y el color reinaban por doquier. La gran plaza, frente al palacio, fue engalanada e iluminada con excelente gusto; en el centro fueron instalados los fuegos de artificio que serían encendidos más tarde. El palacio, el montepío, los portales, el museo y todos los edificios vecinos resplandecían.

La catedral, con sus viejas torres iluminadas por millares de luces, era lo más hermoso de todo el conjunto. En los portales, dentro de sus corredores y en la parte más alta del campanario fueron colocadas innumerables lámparas. Desde las ventanas de las torres totalmente iluminadas las campanas repicaban gravemente. El efecto de todo esto daba una sensación de belleza incomparable.

A las ocho de la noche una multitud llenaba la gran plaza, compuesta principalmente por gente de baja estofa, había léperos, ladrones, carteristas, etc. Observé, como un hecho curioso, que entre la multitud había gran número de soldados franceses que aparentaban ser una partida de alegres compañeros. Sin embargo, todos iban armados y se encontraban colocados en tal forma que se podría suponer que estaban allí no por placer sino por obligación. Me introduje entre la muchedumbre y nunca había visto gente más pacífica a pesar de su

extremada pobreza y de su sospechoso carácter. Invariablemente encontré grupos de soldados franceses listos para entrar en acción ante cualquier emergencia e impedir algún brote revolucionario; además, fuertes contingentes de tropas mexicanas alineadas alrededor de la plaza y guardando sus puertas, hubieran hecho imposible para un asesino o un loco desesperado alcanzar el pecho imperial con su mortal puñalada. Como detalle final, áspero y mordaz y que no se observa en otros países en semejantes ocasiones, una guardia adicional de soldados franceses equipados con escopetas de dos cañones en lugar del fusil reglamentario, hizo su entrada cerca de las nueve de la noche y fueron distribuidos por sus oficiales en los puntos más ventajosos. La excesiva seguridad se tornó venganza ofensiva y debo confesar que este acontecimiento contribuyó a que lo que se consideraba un festejo popular lleno de alegría y regocijo de la multitud, se tornase en mera curiosidad por contemplar el despliegue de fuegos artificiales.

La calle principal que atraviesa la alameda fue escenario de gran actividad; todas las casas a lo largo de la calle fueron cubiertas con cortinas de variados colores y en los balcones, ventanas y azoteas flotaban banderas nacionales, estandartes e insignias. Aquí y allá, a distancias regulares, se levantaron arcos triunfales gigantescos cubiertos con gran cantidad de ramas verdes y frescas y olorosas flores recogidas en los jardines que rodean la ciudad. Exquisitos ramos y coronas, confeccionados según el arte nativo, adornaban las columnas, tributo de la ingenua lealtad de los indios, que recolectaron las rosas y botones en sus montañas. Bajo la brillante luz de miles de linternas, la decoración de los arcos fue muy admirada.

En la calle de Potrero y en la de San Francisco, la una corre a continuación de la otra, se distinguieron por su magnífica iluminación y decoración, el club Alemán, el hotel de Iturbide y las casas de los ricos residentes Sres. Barrón y Escandón. La decoración e iluminación del club Alemán fueron hechas con el buen gusto que caracteriza a esta gente en todo el mundo. Muchas de sus inscripciones estaban escritas en el lenguaje de Veterland y deben haber causado gran placer al emperador.

La casa del Sr. Escandón fue engalanada con dos espléndidos retratos al óleo de Maximiliano y Carlota, debidos al magnífico pincel de un sacerdote mexicano, pero todo el conjunto se vio opacado por la mezquina iluminación.

Por otra parte, la residencia del Sr. Barrón fue artísticamente iluminada. En el centro aparecían dos pinturas de más de diez pies de altura. En una Maximiliano, sentado en su trono, entre dos figuras que simbolizan la paz y la abundancia, tiende a Almonte un pergamino con la constitución. En perspectiva se vislumbra a Napoleón III apuntando hacia el valle de México en el que un par de bueyes aran el campo y un ferrocarril avanza en círculos hasta perderse en las nubes. El otro cuadro representaba a la emperatriz rodeada de las damas de la corte.

De siete a diez de la noche el espectáculo de la calle fue como la realización de un hermoso sueño. Ya tenía conocimiento de la habilidad de los mexicanos para preparar iluminaciones y fuegos pirotécnicos, pero la realidad me sorprendió.

Las inscripciones en español fueron tan numerosas como variadas, en prosa y en verso. Algunas de ellas, sobre todo las últimas, tan pobres de estilo que no vale la pena reproducirlas y mucho menos traducirlas. Basta decir que todas lucían el pomposo y altisonante estilo característico de los mexicanos y estaban inspiradas en la más baja adulación.

Resultaba evidente que los sacerdotes fueron los autores de muchas de ellas, pues la cuestión religiosa apareció con chocante frecuencia. A Maximiliano y Carlota se les calificaba no sólo como los salvadores de México sino como los salvaguardas de la religión de todos los habitantes del globo. México, naturalmente, sería el manantial de regeneración del que fluirían fuentes de la más pura fe y moralidad con perenne vigor.

Haciendo a un lado todas estas ideas fanáticas, transcribo al final algunas de las inscripciones de los indígenas en lenguaje mexicano y que no estarán fuera de lugar en el archivo histórico que tratará de la ascensión de Maximiliano al trono de Moctezuma e Iturbide.

El lenguaje mexicano es fluido y lleno de dulzura cuando lo hablan los que conocen todas sus variaciones e inflexiones. Sobre uno de los arcos triunfales cerca de la terminal del ferrocarril estaba esta inscripción:

Ye huecauh Azteca, ye palli in Ti huei, Maximiliano mitzmo chislitica.

El viejo trono de los Aztecas te espera a ti, oh Maximiliano.

In huel nelli macehualmecayo amo qui pie tlein mitzmo buentilliz, in Tihuel Tlatoani, ca zan ittatoctopil in to huei Moteuczoma (sic).

La pura raza indígena no tiene nada que ofrecerte a ti, gran príncipe, más que el cetro de Moctezuma.

Ximo yolchicauhizimocan Mexicaye ca nille tlanextli qui totocatiuh im cehnallo in que quetzuma.

Mexicanos, estad alertas: la verdadera luz perseguirá a la temible oscuridad.

Mexicaye, equizayampa tonatiuh ohualla itlaiximatilliz in to teotlanahuatilliz. Nican oquinec tlatatiz itolocaliz. Aub axcan ximo papaquillican, cazano ic ompa iquizayan in tonatiuh buitiz enema po-tlalliz. Ma ticto teotican ihueca. Tlachielitzin Dros.

Mexicanos: del Este vino el conocimiento de la ley evangélica. Aquí fue perseguida. Pero, alegrémonos ahora, del mismo Este viene su defensa. Adoremos a Dios.

Xihualmo huica, in Ti tlaughilli ihuan ximo chiuhtzino tito Zeoyatica Napaloliz in to Zecuio Jesucristo.

Venid ilustre príncipe y sed el más firme sostén de la religión de nuestro señor Jesucristo.

La procesión de los indios fue un espectáculo extraño y pintoresco

Al frente marchaban las bandas de música, compuestas de chirimías y tambores, en seguida venían gran cantidad de niños engalanados con brillantes adornos de plumas y lentejuelas y desparramando pétalos de rosas a lo largo del camino. Luego llegaron varios carros alegóricos donde niños y niñas disfrazados representaban la paz, la abundancia, etc.

En la mañana, temprano, un conjunto de músicos indígenas acompañaron al emperador en su camino hacia la catedral adonde fue a oír misa. Producían con sus instrumentos una sucesión de sonidos con ligeras variaciones. El efecto que producían era monótono pero no desagradable.

El resto del día permanecieron en la ciudad bebiendo pulque y otros licores y deseando con todo su corazón tener un nuevo emperador cada semana, para gozar con frecuencia de todas las cosas buenas de las que disfrutaron en esta ocasión.

Los enemigos de la intervención, que son legión, intentaron derribar dos o tres arcos triunfales y casi lo logran en uno de ellos. Había rumores de que se intentaba asesinar a Maximiliano, los que resultaron falsos, además, aunque hubieran sido verdaderos, los soldados y guardias apostados en donde quiera prestaban una magnífica vigilancia.

No hubo grandes muestras de oposición, pero tampoco un gran entusiasmo. Sin embargo, el emperador y la emperatriz parecían bastante satisfechos de la recepción de la capital comparada con la fría bienvenida de Veracruz.

Demos ahora un vistazo al otro lado del asunto y veamos qué hacen el presidente constitucional y las fuerzas de la república.

Tengo grandes dificultades para obtener alguna información importante de los estados que se han adherido a la causa de la independencia nacional y que son llamados "estados del presidente Juárez" en contradicción con las pequeñas porciones de la república ocupadas actualmente por las fuerzas invasoras.

Es interesante observar, ahora que han terminado las fastuosas fiestas que precedieron y siguieron a la fundación del imperio, las graves dificultades que tendrá que enfrentar Maximiliano y las fuerzas físicas y morales contra las que tendrá que luchar y a las que tendrá

que vencer antes de soñar siquiera con fundar una dinastía en México.

Ya he hecho una crónica de las fastuosas fiestas y saraos celebrados en honor de Maximiliano por sus amigos y simpatizantes, pero esto no significa una manifestación espontánea de los verdaderos sentimientos del pueblo de México. Por el contrario, como ya dije al principio de este reportaje, el pueblo no tuvo oportunidad de escoger. Fue impelido por la fuerza de las circunstancias y por un poder superior a demostrar una lealtad y un entusiasmo que, estoy seguro, muy pocos sintieron.

Para poder juzgar el estado real de los asuntos de México, es necesario ver la situación de los dos partidos opositores situados uno respecto al otro, en relación a las fuerzas bajo su mando, para la solución definitiva del conflicto existente entre ellos.

Esto es, por una parte, todos los azares de la libertad, la independencia y la república constitucional y, por la otra, la usurpación de un déspota europeo, que corona a un príncipe extranjero para fundar un imperio sobre las ruinas de la libertad del pueblo.

He dado algunos pasos que juzgué necesarios para obtener la información deseada y poder proporcionar los detalles de esta importante coyuntura.

Primeramente haré una relación aproximada de los territorios de la república ocupados actualmente por las fuerzas francesas y los que aún permanecen bajo el control del presidente constitucional; daré un cálculo aproximado de las fuerzas con que cuentan cada uno de los contendientes, los puntos del territorio ocupados por cada uno de ellos y algunos otros hechos relacionados con el aspecto militar del problema.

Los únicos estados que se encuentran actualmente bajo el dominio de soldados y emisarios del emperador de los franceses, son México y Yucatán incluidos el viejo estado de Campeche y el territorio del Carmen. Este último territorio ha sido el único sitio en todo el país donde ha tenido lugar un pronunciamiento espontáneo a favor de la intervención. Se recordará que hace unos meses los indígenas de Campeche, conducidos por unos pocos comerciantes y empleados de quienes dependían para su sostenimiento, se declararon a favor de la

intervención y por el establecimiento del imperio. Muy pronto una pequeña fuerza ocupó la plaza y desde entonces su alegato ha sido transferido al imperio de México.

Los siguientes estados se encuentran parcialmente ocupados por las fuerzas francesas:

Veracruz. —Este es un estado de gran importancia que cuenta con el puerto más importante del país. Los sitios ocupados son el propio puerto de Veracruz, las ciudades de Córdoba, Orizaba y Jalapa, asimismo Alvarado y Soledad, puntos de escasa importancia. Además, existen unos 20 pueblos de cierta importancia comercial que no han sido ocupados por los franceses, sin contar otros de menor cuantía.

Las fuerzas constitucionales cuentan con 1,000 hombres en Tlacotalpan al mando del Gral. García, 6,000 en Tlacolulan,⁴ donde actualmente se encuentra establecido el gobierno del estado, comandados por los Grales. Parra y Alatorre y 5,000 en Zacapuastlan⁵ bajo el mando del coronel J. Francisco.

Puebla. —La ciudad de Puebla, capital del estado del mismo nombre, es el único punto que se encuentra ocupado por los franceses. A pesar de ser la ciudad más importante, hay unos 50 pueblos de los que será necesario desalojar a las fuerzas liberales antes que las del imperio puedan establecerse.

El gobierno del estado se encuentra en Huauchinango sostenido por los Grales. Benavides, Carbajal, Cuéllar y el coronel Téllez y sus respectivas fuerzas, cuyo número no ha sido exactamente determinado, pero que en conjunto suman no menos de 2,500 a 3,000 hombres. Constituye una respetable fuerza para las guerrillas.

México. —Este estado se encuentra totalmente ocupado por las bayonetas francesas auxiliadas por las bandas de Mejía y otros jefes.

Michoacán. —Morelia es la capital de este estado; esta ciudad y los pueblos aledaños al camino que conduce a México se encuentran actualmente ocupados por las fuerzas francesas. En el resto del estado

⁴ Tlacolula.

⁵ Zacapoaxtla.

hay fuerzas liberales.

Han establecido su cuartel general en Pascual⁶ donde se encuentra también el gobierno del estado. Allí hay una fuerza compuesta de 1,000 hombres al mando del coronel Riva Palacio, nieto de un héroe de la independencia mexicana y uno de los más firmes sostenedores de la república. En una época fue presidente.

Guanajuato. —La capital del Estado del mismo nombre y la ciudad de León se encuentran ocupadas por el ejército francés. El resto del estado, que cuenta con una población de bastante importancia, está bajo el control del gobierno constitucional. El gobierno del estado se estableció recientemente en Celaya. Cuenta con una fuerza aproximadamente de 1,200 hombres comandados por Rincón Gallardo, quien ha tomado las medidas necesarias para la defensa del lugar.

San Luis Potosí. —La capital de este estado es el único punto ocupado por los invasores. El gobierno reside en el valle del Maíz. El gobernador y comandante en jefe de las fuerzas concentradas aquí es el Gral. Insures, que cuenta con 5,000 soldados bien disciplinados, pertenecientes al ejército nacional.

Tamaulipas. —El puerto de Tampico está ocupado por las fuerzas francesas.

El Gral. Cortina, gobernador y comandante en jefe, reside en Matamoros; cuenta con un contingente de 2,000 hombres dispuestos en todo el estado.

Jalisco. —Los franceses ocuparon Guadalajara, capital de este estado. El gobernador don José Ogazón, reside en Sayula. La vanguardia de las fuerzas constitucionales está situada en este estado; consiste en 10,000 hombres pertenecientes al ejército nacional al mando del Gral. López Uruga. Circuló el rumor de que el mencionado Gral. López Uruga se había puesto a las órdenes de Maximiliano, rumor que resultó infundado.

Zacatecas. —La capital y el pueblo de Tresvillas están ocupados por los franceses. El gobernador y comandante de las fuerzas reside en

⁶ Debe ser Pátzcuaro.

Sombrerete. Cuenta con una fuerza no muy numerosa pero compacta y bien disciplinada.

Toluca. —Toluca, capital del estado, se encuentra en poder de los invasores. El estado es pequeño y de poca importancia pero los liberales cuentan con numerosas guerrillas en las montañas.

Los estados que están totalmente bajo el control constitucional son: Nuevo León cuyo gobernador reside en Monterrey, capital del estado que fue durante un breve período asiento del gobierno nacional, que rápidamente se trasladó a Saltillo, capital de Coahuila; además Chihuahua, Sonora, Sinaloa, Oaxaca, Chiapas, Guerrero, Durango, Tabasco, Baja California y los territorios de Colima y Tehuantepec.

Los puertos de Acapulco y Mazatlán han sido ocupados por una pequeña fuerza francesa.

El ejército de Juárez tiene su centro en diversas partes del estado de Jalisco. El cuartel general se encuentra en Sayula. En la capital de Oaxaca bajo el mando de Porfirio Díaz hay 9,000 hombres.

El ejército de reserva, integrado por 5,000 hombres y comandado por Doblado, tiene por cuartel general la ciudad de Monterrey, capital del estado de Nuevo León. Sin embargo, los franceses dicen que Doblado ha desertado de la causa de Juárez y ha fijado su residencia en Estados Unidos, pues por ningún concepto servirá a Maximiliano y que desde su encuentro con las tropas de Mejía en Matehuala no desea combatir más. Todos estos rumores de procedencia francesa deben ser tomados con reserva.

Maximiliano propone una conferencia; de fuentes dignas del mayor crédito, he sabido que inmediatamente después de llegar el príncipe Maximiliano al puerto de Veracruz y aun antes de pisar el suelo de México, despachó un mensajero con una carta para el presidente Juárez invitándolo a venir a México hacia donde se dirigía, para discutir un plan según el cual el nuevo imperio se establecería sin derramamiento de sangre, dando al país una paz estable y duradera. Esto fue llevado a cabo en secreto, siendo conocido únicamente por las partes directamente interesadas. No se ha dado a publicidad la respuesta de Juárez ya que al emperador no le gustará informar al

público haber recibido un desaire.

He movido, aunque sin éxito, todas mis influencias para obtener esta interesante misiva.

Sin embargo, he conseguido un extracto de la respuesta del presidente Juárez, el que podrán ustedes leer a continuación.⁷

Muestra una gran calma y dignidad este extracto que contrasta con la concisa y sanguinaria réplica de Porfirio Díaz al mensaje imperial:

Cuando la convención francesa de 1793 condenó a Luis XVI a ser decapitado, creyó concentrar su propio poder, desafiar a los que apoyaban la causa del pasado y probar a Europa que confiaban en sus propios medios de defensa.

En las circunstancias por las que atraviesa actualmente la República Mexicana, las personas que la gobiernan deben adoptar decisiones igualmente drásticas sin que se les pueda tildar de crueles e inhumanas, sino simplemente que la nación las ha determinado de acuerdo con las exigencias políticas del momento, por lo que este general ordena que un emisario del supuesto emperador de los mexicanos sea pasado por las armas en el término de 24 horas.

Cuartel general en el estado de Oaxaca, 27 de junio de 1864.⁸

⁷ Aparece en el capítulo CXIX de este tomo 9.

⁸ Hemos buscado con todo cuidado el documento que el cronista reproduce, sin localizarlo. No dudamos de que se haya expedido, porque el Gral. Porfirio Díaz, según él mismo lo relata en sus memorias y en su correspondencia, gustaba de lanzar amenazas, que generalmente no cumplía. Creía que esas bravatas podrían amedrentar a los enemigos, lo que algunos casos logró. En cuanto a la fecha, debe ser error del periódico, seguramente fue mayo fecha en que llegó Maximiliano a México porque el corresposnal no podía en un reportaje fechado 26 de junio, transcribir un decreto de fecha posterior.

Porfirio Díaz

Me es muy satisfactorio informar que la sentencia no se llevó a cabo debido a la intervención de distinguidas personalidades y de algunos familiares del propio Gral. Díaz.

El infortunado emisario fue hecho prisionero y pasó por los primeros terrores de la muerte al ser sacado a la plaza de Armas para ser ejecutado. Es indudable que a su regreso hará un lúgubre relato de la acogida que le dispensaron en el cuartel general de los republicanos.

Esto es un sencillo ejemplo de la amargura que prevalece actualmente en los partidos de México.

RESUMEN DE NOTICIAS EUROPEAS PARA MAXIMILIANO

Veracruz, junio 11 de 1864

Telegrama recibido en México. Junio 11 de 1864, a las dos y cero minutos de la tarde

Excmo. Sr. don Joaquín Velázquez de León
Ministro de Estado

Acabo de recibir por el paquete francés el siguiente mensaje para S. M. el emperador que me apresuro a trasmitir a V. E.

París, 15 de mayo de 1864

A S. M. el emperador
México

El diputado Benyer atacó el empréstito y fue rebatido victoriosamente por el ministro Ronher. La prensa en general ha atacado a Benyer y aun el Siecle le ha echado en rostro su falta de patriotismo. El diputado Favre ha vuelto a atacar la expedición a México. (El) ministro Ronher le contestó con un discurso que fue aplaudido varias veces con entusiasmo. La conferencia de Londres ha convenido al fin en un armisticio de un mes empezando el 12 de mayo. Hay esperanza de paz. El gabinete inglés se consolida. La crisis monetaria ha mejorado. Su servidor tuvo una ligera indisposición pero ya está bien.

Hay alguna agitación en España, por las reuniones de los progresistas, a cuya cabeza están Prim y Olazaga. El rey Leopoldo sigue bien. Las cámaras francesas están votando los presupuestos, la

minoría sigue violenta, pero impotente. El Gral. Almonte acaba de ser nombrado gran cruz de la legión de honor. El mayor Voleslaushe se sale por este vapor con despachos, habiendo tenido hoy una audiencia del emperador Napoleón.

El prefecto político
D. Bureau

El ministro de México en París
José Hidalgo

CARLOTA COMUNICA A EUGENIA
SUS PRIMERAS IMPRESIONES DE MÉXICO

México, junio 18 de 1864

A V. M. la emperatriz Eugenia
Señora y muy querida hermana:

Ayer, en el momento en que me disponía a escribir a V. M. para darle las novedades de nuestra feliz llegada a este país, Mr. de Montessni me entregó vuestra hermosa carta. Podéis imaginaros con qué interés he interrogado al joven enviado sobre V. M.; me causó mucho placer conversar de vos con alguien que os ha visto. En cuanto a recordar a VV. MM. no hemos hecho otra cosa más que eso desde hace 15 días, perfectamente secundados por los mexicanos que sienten un legítimo reconocimiento hacia ellas y que nosotros tratamos de inculcar aún más.

Si jamás país alguno ha sido milagrosamente salvado de una situación de la que jamás habría salido, es ésta; lo sabe y lo comprende y lo testimonia con su creciente alegría y con la afectuosa acogida que nos ha brindado. Lo que Francia le ha devuelto es la libertad de expresión y, desde que la posee, parece haberse transformado. Le decían frío y apático, por el contrario, yo encuentro que demuestra mucho corazón, confianza y, sobre todo, satisfacción por haberse librado de los mil déspotas de los que jamás se habría desprendido sin la generosa mano de Francia.

En todas partes flotan las banderas tricolores de VV. MM. y las nuestras, a veces unidas a las de mi país que también es deudor de la alianza francesa en la cuna de su independencia y su prosperidad. De las poesías que nos han arrojado al coche en Puebla hemos recogido dos

que me permito enviaros. Si agregara todas las que hemos recibido aquí sobre VV. MM. la cantidad sería prodigiosa.

Sobre un arco de triunfo cerca del lago de Chalco, se leía: "Eterna gratitud a Napoleón III". A nuestra llegada a Guadalupe se gritaba mucho: "¡Viva Maximiliano I!" "¡Viva Napoleón III!" y la muchedumbre respondía "¡que viva!", levantando sus grandes sombreros.

Me conmovió mucho ver a la virgen de Guadalupe; era como una reparación histórica el homenaje rendido a la protectora de los indígenas por un descendiente de Carlos V, pronto a sentarse en el trono de Moctezuma.

Jamás había visto una acogida como la que recibimos ese día; era la efusividad de la liberación, una especie de delirio que se había apoderado de miles de caballeros y de todas las damas de México. Al día siguiente, en la enorme plaza repleta de gente, también se hicieron manifestaciones muy afectuosas; por la tarde estuvimos unos instantes en el balcón; luego se hicieron oír voces que pedían "¡Salga nuestro emperador!" y volvimos a salir; hubo tales aclamaciones que ya no eran más que ruidos confusos y desarticulados.

El ejército francés nos recibe en todas partes con mucha amabilidad y los gritos de "¡Vive *l'Empereur*!" se confunden a menudo con los de "¡Viva el emperador!". Es que el ejército francés asiste al éxito del comienzo de su obra, por cierto una de las más bellas entre todas las glorias que le ha tocado cumplir. Todo esto es satisfactorio para nosotros y, al mismo tiempo, es un homenaje rendido a sus esfuerzos y al gran pensamiento que ha presidido esta iniciativa.

No en vano se habrá vertido la sangre en Puebla, puesto que será el germen de una nación que no existía y levantará un imperio sobre la ribera opuesta del atlántico, que tendrá otra águila por símbolo. La alianza entre estos dos imperios puede llegar a ser uno de los grandes hechos de la historia.

Según todo lo que he visto, una monarquía en este país es factible y responde a las necesidades unánimes de la población; sin embargo, no deja de ser un intento gigantesco puesto que hay que

luchar con el desierto, con las distancias, con los caminos, con el caos más completo. Existen en este país altos y bajos sorprendentes de civilización. En la ciudad de México, se está casi como en Europa. A media hora de aquí se cae en un desfiladero donde uno es asaltado por los ladrones. No nos sucedió nada de esto gracias a la habilidad de los generales franceses, pero hemos atravesado lugares muy sospechosos donde habían escondido millares de guerrilleros. Confieso que el primer día de nuestro viaje de Tejería a Córdoba, la cosa me pareció muy oscura y no me hubiese sorprendido si el mismo Juárez hubiera aparecido con un centenar de guerrillas. Es un camino abominable atravesado por llanuras hasta Chiquihuite. Los únicos puntos civilizados son los puestos franceses con sus cantinas al lado. En Chiquihuite, a las siete de la tarde, en el seno de un espeso bosque, se rompió una rueda y hasta a las dos de la mañana entramos a Córdoba en una diligencia de la república.

Este día me dejó una impresión extraña; los mexicanos se confundían en excusas por el mal camino —habíamos pasado por una media docena de barrancas con piedras de varios metros de largo—; nosotros les asegurábamos que no nos importaba, pero de hecho sobrepasaba toda expresión y se necesitaba nuestra edad y nuestro buen humor para no sentir fatiga ni tener costillas rotas. Por otra parte, los caminos son la única cosa que encontré peor de lo que me imaginaba. Entre la Cañada y Palmar, una de las diligencias que nos escoltaba se volteó completamente, con sus pasajeros dentro, de los cuales el Sr. Velázquez de León tuvo que salir por la ventanilla y este accidente sucedió sólo porque acababa de llover durante un cuarto de hora.

V. M. puede darse cuenta que viajar en este país no es empresa fácil; sin embargo, no nos sentimos fatigados. Mr. de Montessni me dice que la diligencia acaba de ser asaltada nuevamente entre México y Veracruz. Esto ya había sucedido la víspera de nuestra llegada a Córdoba, a pesar de que Almonte no quiere confesarlo.

Orizaba es uno de los más bellos lugares que puedan verse; recuerda Italia y el Tirol meridional; el aire es delicioso, de una extrema diafanidad. El cerro del borrego se levanta en la ciudad. Atravesamos las cumbres a caballo.

En puente colorado nos esperaban las autoridades de Puebla y el Gral. Brincourt. No sabré hacer a V. M. el suficiente elogio de éste; creo que entre todos los oficiales capaces que están aquí, es uno de los más notables por su valor, su energía y también por su tacto porque comprende y maneja el carácter mexicano mejor que nadie. Pienso que está llamado a rendir señalados servicios a este país. En ocasión de una promoción hecha a nuestro paso por Puebla, el emperador condecoró a este general y al Gral. Manssion con la cruz de gran oficial de la Guadalupe.

De Puebla fuimos a Cholula y oímos misa sobre un teocali en la capilla de la virgen de los Remedios. Esta pequeña capilla, sobre el lugar en que se hacían sacrificios humanos, tiene algo de muy emocionante. La llanura que la rodea recuerda mucho a Lombardía, así como los alrededores de México que son espléndidos. Los oficiales que hicieron la campaña de Italia están de acuerdo en ello y es una gran satisfacción para nosotros, pues uno se cree en Europa. El paseo de México, con un poco de buena voluntad, hace pensar en *Champs Elyseés*; por la noche se ven muchos carruajes pero todos cerrados, comenzando por el del general en jefe. Las mañanas y los atardeceres son muy agradables.

Durante nuestro trayecto de Veracruz a aquí, pudimos convencernos que toda la población de este país es indígena, pues, fuera de las ciudades, no se encuentra un blanco. Es como un toque de varita mágica. Apenas se llega a un lugar importante, ya hay prefectos con echarpes tricolores parecidos a los de Francia, sólo que aquí los bordados son en oro. Esto hace un contraste bastante raro con el resto del país; es como si se tratara de un ferrocarril que uniese diversos puntos en que aparece la civilización, pero faltan los jalones intermedios y la terminal.

Casi todos los indígenas saben leer y escribir; el pueblo es sumamente inteligente y si el clero lo instruyese bien, sería un pueblo esclarecido. Hemos visto escuelas muy avanzadas donde los niños aprenden cosas que, por cierto, no saben en Austria y otras donde preguntaban si Dios tenía manos y oídos o cuál era la diferencia entre la santa virgen verdadera y la que está en la Iglesia y esto en Puebla, la

ciudad clerical por excelencia. Los curas ni siquiera enseñan catecismo en las escuelas. Sin embargo, existen entre el clero, bien entendido que entre el bajo clero, elementos patrióticos y hasta progresistas intelectualmente. Cuando se los haya hecho entrar en su verdadera esfera y comiencen a ocuparse de su ministerio, quizás podrán, con el tiempo, hacer algo útil.

Todo está por hacerse en este país; sólo se encuentra la naturaleza, tanto en lo físico como en lo moral. Es necesario comenzar a educar desde los más mínimos detalles; felizmente existe la docilidad, esta docilidad que ha hecho soportar todos los poderes más demoledores, todas las exacciones y todos los crímenes; las gentes tranquilas prefieren esconderse que resistir.

El Gral. Santa Anna es el hombre que tiene sobre su conciencia todas las aberraciones y todas las desgracias de México. Es él quien estableció la república como un medio para reinar con impunidad, quien perdió la mitad del territorio, quien ha fomentado todas las revoluciones y quien ha corrompido todo lo que es posible corromper, en especial los sentimientos morales.

Los efímeros gobiernos que se han sucedido desde hace 40 años nunca fueron otra cosa que unas minorías suplantadas por otras, pues jamás han tenido raigambre entre la población indígena que es la única que trabaja y que mantiene al Estado. Han saludado como el índice de una nueva era, el hecho de que el emperador viaje por las provincias sin aparatosidad y sin uniforme, pues el pueblo está harto de todos esos generales llenos de charreteras, que sólo saben montar a caballo y hacer la guerra.

El sistema de Juárez ya era una sensible mejoría, pero tendía a civilizar con la influencia de Estados Unidos, lo que es una gran anomalía. Francia llegó en el preciso momento para detener esa corriente y sustituirla por otra, lo que yo creo que es el único medio de civilizar al país, pues aquí se hace necesario importar la civilización.

Junio 22

Agrego algunas líneas pues el correo no ha salido aún. El baile del domingo ha sido muy hermoso y todo el mundo muy amable. La cuadrilla estaba formada por el emperador y la hija del prefecto municipal, el Gral. Bazaine y yo y dos parejas, Montholon y Almonte. Este último está por demás feliz con la legión de honor que ostenta con visible orgullo. Causa placer ver que, al fin, tenga alguna satisfacción como premio a tantos trabajos y tantas dificultades; es un hombre bueno y honrado y nadie en este país ha demostrado tanta devoción y tanta abnegación. La madre de Hidalgo, que ha debido ser muy hermosa, comió días pasados con nosotros y hemos hablado mucho de su hijo. Es una mujer espiritual que me gusta mucho.

Adiós, señora y buena hermana. Las cosas marcharán aquí si VV. MM. nos apoyan, porque deben marchar y porque queremos que marchen, pero es un trabajo prodigioso, pues cuando un país ha pasado 40 años de su existencia destruyendo todos los recursos y derribando a todos los gobiernos, no se rectifica esto en un día.

Esto no nos asusta; sólo lo constato. Nos hemos consagrado a esta obra con pleno conocimiento de causa y, por mi parte, repito que sólo me sorprendió el estado de las carreteras. Lo demás lo encontré mejor de lo que esperaba. Hacen falta ferrocarriles y, sobre todo, inmigración. Las llanuras que rodean a México son magníficas y, si se conociera esto más, no existirían tantos pobres en los grandes países de Europa. Están las minas con su prodigiosa riqueza pero faltan los medios para transportarla. En México cuesta trabajo encontrar hierro al lado mismo de los más productivos filones. En las fábricas de telas de algodón se quema madera porque no se sabe cómo explotar el carbón mineral que también existe en el país.

Estamos encantados en Chapultepec, donde ya vivimos, el panorama es uno de los más bellos del mundo; creo que supera a Nápoles. El aire es excelente y nos conviene mucho. Todo esto nos ofrece amplias compensaciones por la paciencia que tendremos que

soportar para lo demás. Si V.M. conociera este país, estoy segura que lo amaría, pero no os podéis dar una idea del estado en que se encuentra. Y es posible imaginarse lo que era antes que la presencia del ejército francés le ha devuelto la seguridad y lo ha mejorado.

Es penoso que desde hace un año el gobierno no haya estado enteramente en manos y bajo la influencia de la autoridad francesa, pues los mexicanos, a pesar de todo mi afecto, no saben gobernarse y quizás, de ese modo, se hubiera ganado tiempo. Ahora los partidos están a la expectativa, todos esperan su redención pero no sé si contribuirán, pues aquí les gusta que las cosas se hagan por milagro. Así sucedió durante la independencia; todo el mundo está persuadido que sería la gallina de los huevos de oro y que sólo había que cruzarse de brazos: la historia lo ha dado desmentido.⁹

[...] ¹⁰

Carlota

⁹ Original en francés.

¹⁰ Falta la despedida.

MAXIMILIANO ELOGIA
LA OBRA DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA

México, junio 18 de 1864

A V. M. El emperador Napoleón III

Señor, hermano mío:

Al agradecer a V. M. sus dos amables cartas del 29 de abril y 15 de mayo, tengo el placer de hacerle saber que, gracias a las medidas tomadas por el Gral. Bazaine, hemos llegado a México sin la menor dificultad.

La impresión recibida en toda la ruta, jamás se borrará de nuestra memoria. El largo y fatigoso viaje nos permitió apreciar la hermosura, la riqueza del país y el terrible estado de las vías de comunicación. En todas partes me ha encantado constatar los buenos resultados obtenidos por la intervención francesa no sólo desde el punto de vista militar, sino también desde el administrativo. Para terminar la obra tan bien preparada por V. M., tengo necesidad de redoblar la actividad y energías confiadas hasta ahora a la dirección exclusiva del general en jefe, cuyos servicios me complazco en reconocer.

Las dificultades que quedan por superar son grandes y convengo con V. M. en que las que suscitará un clero violento y poco transigente no serán las menores. Pero con la prudencia, firmeza y apoyo de V. M., tengo fe en el porvenir.

Al rogaros me recordéis a la emperatriz, os reitero la seguridad de la alta estima y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. M.¹¹

Maximiliano

¹¹ Original en francés.

MAXIMILIANO DESIGNA
A SU MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS

Gabinete del emperador

Mi querido don Fernando Ramírez:

Teniendo plena confianza en vuestro patriotismo, vengo en nombraros mi ministro de negocios extranjeros.

Palacio de México, junio 25 de 1864.

Maximiliano

MAXIMILIANO DESIGNA A CARLOTA REGENTE
EN CASO DE SU MUERTE O INCAPACITACIÓN

México, junio 26 de 1864

A mi ministro de Estado,
don Joaquín Velázquez de León

Teniendo en consideración que nada es tan importante como proveer a la subsistencia del gobierno legítimo de la nación que nos ha elegido su soberano y atender a todas las eventualidades que puedan acaecer, he venido en decretar:

Que en caso de muerte o de cualquier otra contingencia que nos ponga en imposibilidad de continuar gobernando, la emperatriz, nuestra augusta esposa, sea la que se encargue, desde luego, de la regencia del imperio.

Mi actual ministro de Estado, en su caso, o el ministro respectivo, se encargarán de la ejecución de este decreto.

Dado en el castillo de Miramar, a 10 de abril de 1864.

Maximiliano

EL IMPERIO MANTIENE EN VIGOR
EL CÓDIGO MILITAR FRANCÉS

México, junio 30 de 1864

Señor prefecto político de Puebla

Por el tratado celebrado en Miramar con fecha 10 de abril último entre los soberanos de México y Francia, quedó establecido en el artículo 6º que cesaba enteramente la intervención que esta última, por medio de sus representantes, había ejercido hasta allí en México; que a su gobierno exclusivamente pertenecería en lo de adelante disponer, con entera independencia y libertad, lo que juzgara conveniente en todos los ramos de la administración pública; pero, al mismo tiempo, se convino también entre ambos gobiernos y se consignó en los artículos 4º y 5º, que toda campaña que debiera emprenderse con tropas franco mexicanas o sólo francesas, sería acordada entre S. M. el emperador de México y el general en jefe del cuerpo expedicionario francés, cuyo jefe lo sería siempre de todas las tropas francesas y de los cuerpos mixtos, quedando los que se compusieren de sólo tropas mexicanas bajo la exclusiva dependencia y dirección de gobierno de S. M. el emperador de México; en tal concepto y considerando S. M. la grande conveniencia y aun necesidad que hay de conservar todavía por ahora en todo el imperio la observancia de la ley marcial, según el decreto de 20 de junio de 1863 y ordenanza de 18 de noviembre del mismo, se ha servido resolver: Que, por ahora y mientras otra cosa no dispusiese, se continuará procediendo en todo el imperio conforme al código militar francés en cuanto fuere adaptable a nuestras peculiares circunstancias. Que en tal virtud será hecha y publicada bajo la firma del secretario del despacho de la guerra una edición de ese código en ambos idiomas

francés y castellano y a ella se sujetarán los comandantes franceses y mexicanos en su caso respectivo, para proceder y sentenciar en todas las faltas, delitos y crímenes, atribuidos por el código, decreto y ordenanza citados a la autoridad y tribunales militares.

De orden de S. M. lo comunico a V. S. para su solemne publicación en debida observancia.

El subsecretario de Estado y
del Despacho de Justicia
F. Raygosa